

CAPÍTULO II.

Del zig-zag interno y el zig-zag externo.

I.

El plan de operaciones discutido en la junta de ingenieros y aprobado por el gobierno, había determinado el sistema de fortificación, que como hemos dicho, consistía en *fuertes aislados*, para librarse batallas en *campos retrincherados*.

Ese plan tan hábilmente combinado, fué puesto en desuso precisamente en los momentos terribles en que debía comenzar la sucesión de combates que resolvieran el sangriento problema de la ocupación de Zaragoza.

Los franceses, al ver el aspecto de la plaza, esperaron y con razón que los sitiados tomaran la iniciativa, como lo indicaron sus primeros movimientos.

Esperaron en vano, aquellos fuertes eran de todo punto inútiles ya que se estaba en el error de convertir en plaza fuerte una ciudad sin elementos para serlo.

En vano se intentó por algunos gefes decidir al general Or-

tega á batir la vanguardia francesa; influenciado por otras opiniones, se rehusó á efectuar una salida y disputar al enemigo el cerro de San Juan, punto marcado para la primera batalla.

Ortega es arrojado, valiente, decidido; pero el temor de comprometer á la nación entera le hizo concretarse á una defensa *pasiva*.

El plan de los ingenieros estaba borrado; pero la tropa, que no comprendió del momento lo que acontecía, levantó una grito terrible, hasta que los ingenieros cerraron la línea ya al frente del enemigo, dándole á la ciudad los honores de una plaza *fuerte*.

Desde aquel momento la plaza estaba perdida.

Un ejército que se encierra desperdiciando sus elementos de defensa, no lo salva ni la abnegación, ni el heroísmo, ni el valor.

Los franceses leían en los baluartes una doctrina, y veían que el ejército no era consecuente con su plan de defensa.

Dos días provocaron la salida de los republicanos, acercáronse despues al cerro de San Juan, que estaban seguros de tomarle á viva fuerza; silencio y siempre silencio.

Acabaron por posesionarse de los mejores puntos, establecieron sus baterías de morteros, y se abrió por fin la campaña decidiéndose á sitiar la ciudad.

Los que creyeron ver al ejército frances lanzarse á pecho descubierto sobre nuestras baterías como en la jornada de Mayo, se engañaron miserablemente; era un candor pensar que Forey se empeñara en la toma del cerro de Guadalupe como revancha de la derrota de Laurencez.

La jornada de 62 enseñó á los franceses mucho, convencióronse del peligro grande que hay en despreciar al enemigo y salirse de las reglas de la ciencia militar.

En aquellos momentos sitiarian con todas las precauciones del arte, y se avanzarían con el compas en la mano sobre las fortificaciones.

El alambre telegráfico quedó cortado y con él toda comunicación con la capital.

II.

El 20 por la mañana, á la salida del sol, comenzó el bombardeo.

Dos baterías de morteros abrieron sus fuegos, llegando sus proyectiles al centro de la plaza, que ya á la mitad del día habían causado grandes destrozos en los portales y otros edificios.

Una division enemiga se movió sobre el pueblecito de San Diego, que se encuentra al S. O. de Puebla y á media legua de distancia.

Empeñóse un combate con las fuerzas de caballería, que le disputaron la posición durante media hora, quedando mas de cien hombres fuera de combate.

El comandante Romero murió combatiendo cuerpo á cuerpo con los cazadores de Africa.

Ya hemos visto establecer en el pueblo de Santiago tres minas perfectamente dispuestas, bajo la dirección del ingeniero Revueltas: este bravo militar esperó la llegada del enemigo, pero al poner fuego sobre el alambre, lo encontró cortado, y los franceses ocuparon impunemente la población.

Forey, establecido frente al baluarte de San Javier, y apoyado en el pueblo mencionado, determinó perfectamente su ataque sobre el reducto.

Por la noche se comenzaron á percibir como exhalaciones desprendidas de la tierra, los farolillos de los ingenieros que reconocían el campo.

Los ingenieros mexicanos comprendieron al instante que los trabajos facultativos comenzaban, y que en aquellos momentos se hacían los trazos de la primera línea de ataque.

En las altas horas de la noche se oían distintamente los golpes de la zapa tenaces y perseverantes, abriendo un gran camino cubierto que debía conducirlos al establecimiento de la primera paralela.

La luz del día vino á confirmar el parte que los ingenieros habían dado al cuartel general, de haber observado las operaciones del enemigo, que había concluido sus trabajos para el establecimiento de su línea.

Dos grandes ramales de caminos cubiertos venían á reunirse en uno solo, el primero partía del pueblo de Santiago y el segundo comenzaba en la falda S. E. del peñón de San Juan, y ambos se juntaban en el que debía conducir á la paralela.

La tierra que constantemente despedían los trabajadores en los terrenos en que estaban repartidos, anunciaban claramente que había mas de diez mil hombres ocupados en las operaciones de zapa, revelando la suma actividad del enemigo en sus trabajos de sitio.

El ejército mexicano estaba de espectador.

Sabido es que las obras de *contra-aproche* son opuestas á los trabajos del enemigo obras que deben partir del *glasis* de los fuertes para enfilar al sitiador y apoyar las constantes salidas que tienen que hacerse y que constituyen una *defensa activa*.

Por la tarde, las caballerías escaramuceaban por distintos puntos en encuentros parciales sin resultado decisivo.

Los ingenieros trabajaban con tanta actividad, que á la mañana del siguiente día se encontraban á 1,200 metros del fuerte de San Javier y se dirigían á establecer su primera paralela.

Mas de 15 mil hombres acudían con sus palas y zapapicos á aquel terreno, los indios de Cholula y pueblos inmediatos eran arrastrados al campo para ayudar á los trabajos.

Por el rumbo de Teotimehuacan avanzaban todas las noches los zuavos tomando posiciones por medio de fosos, y hostilizando constantemente á las fuerzas mexicanas; lo mismo hacían en distintas direcciones, aproximándose mas y mas á los reductos

sin que la plaza diese señales de vida en espera de que el enemigo se pusiese al alcance de sus cañones y sin pretender salir á su encuentro.

Los gefes superiores contenian el ardimiento de los jóvenes generales y de sus soldados, que se sentian presos y encadenados tras de los parapetos.

III.

A la madrugada del 22, sobre la primera paralela de la línea de ataque, flameaba la bandera francesa, apoyando su asta en el centro de doce piezas de batir.

Por los caminos cubiertos y como las espigas de un sembrado, salian las bayonetas de los sitiadores que yacian ocultos teniendo por apoyo la formidable batería de brecha.

A la derecha y sobre el extremo del ramal que pendia del pueblo de Santiago, y como á 2,000 metros del fuerte de San Javier, se distinguia otra bandera al frente de una batería rayada, cruzando sus fuegos en ángulo agudo con los de la primera paralela.

Por el camino recto que viene de la garita de México, tres piezas enfilaban la avenida hasta la plaza, sin estorbar los fuegos de elevacion de los morteros que estaban á retaguardia.

A doscientos metros, otras tres piezas rayadas pretendiendo enfilarse el baluarte y cortina de San Javier por la parte Nordeste.

El sol se habia elevado algunos grados en el círculo del horizonte, y dentro de algunas horas comenzaria el fuego de la artillería de brecha.

El fuerte de San Javier contaba con dos mil defensores, listos á repeler la fuerza con la fuerza.

Sanchez Ochoa era el comandante de ingenieros, y á su la-

do se agrupaban Mariscal, Rodriguez, Troncoso, Ramiro y Hernandez, que tanto se han distinguido por su valor y capacidad.

La bandera mexicana flameaba en los fuertes, y en cada baluarte y cada batería, se desplegeba el gallardete rojo símbolo de guerra; la vista era conmovedora y sublime para todos aquellos valientes que se disputaban el honor de morir los primeros en defensa de su patria.

La primera paralela abre de súbito sus fuegos, siguiendo las baterías adyacentes, y el fuego por elevacion de los morteros, es alternado entre la ciudad y la plaza del fuerte.

—Viva la libertad! viva la independencial fueron las voces que contestaron á aquella tormenta de fuego en sus primeras detonaciones.

Aquel grito corrió por el telégrafo del entusiasmo en todas las líneas y parapetos, era el saludo á la muerte, el himno de alabanza al dios implacable de la guerra.

Las músicas y las bandas tocaban el himno nacional, acallando el grito dolorido de los que caian en la arena al golpe de los primeros proyectiles.

El fuego era espantoso, la plaza contestó con sus baterías al llamado de sus adversarios.

El estrago comenzó á sentirse en el baluarte que estaba al frente de la primera paralela, la lucha iba á efectuarse, dos piezas habian sido desmontadas.

En esos instantes aparece Sanchez Ochoa seguido de sus ingenieros, los artilleros los reciben con vivas de entusiasmo, entonces Ochoa grita á sus oficiales:

—A tapar la brecha, ingenieros!

Y aquella juventud denodada se lanzó á la muerte, seguida de los zapadores, y llevando de continuo gaviones y sacos á tierra.

El fuego seguia implacable; pero el estrago era reparado al instante.

Media hora despues, la brecha estaba cubierta, y el valiente Platon Sanchez reemplazaba la artillería desmontada.

El bravo soldado condujo dos piezas y el combate se renovó con mas empeño.

Despues de dos horas de fuego de brecha, los clarines franceses tocan alto, y ese silencio que succede al peligro, fué imponente.

Los revestimientos de los baluartes y cortinas, se veian am cubiertos por las nubes de polvo y humo que acababan de arrojar las baterías del fuerte.

Veinticuatro piezas de á doce y dos baterías de morteros habian jugado sobre la plaza y fuerte de San Javier.

Mas de cien cadáveres estaban tendidos en el recinto de la plaza, y la ambulancia no cesaba de conducir á los heridos.

Aquel momento terrible, no era mas que el prólogo de los mil combates que debian preceder á la toma de Puebla.

IV.

Luego que cayó la noche, el capitan Pablo Martinez se dirigió á su alojamiento, donde lo esperaba la dama desconocida que dos dias ántes habia citado al bravo guerrillero.

Manolo Balboa estaba á la puerta esperando al capitan que venia cubierto de polvo.

—Cómo la ha pasado mi capitan? preguntó el andaluz.

—Perfectamente, nos han abierto un boqueron en las cortinas del fuerte; pero ya está cubierto, no hay cuidado.

—He visto muchos heridos.

—Como que los franceses no tiran con mamones ¡canario! dos horas de bombardeo no las aguanta ni Satanás, se necesitan entrañas; pero nos hemos de comer el gallo.

—Yo creo que mas es el ruido que las nueces.

—Mira, Manolo, de aquí nos vamos juntos á San Javier para que veas de cerca el jaleo.

—No, mi capitan, con que vd. lo diga, basta.

—Te juro por mi general Zaragoza, que te llevo de las orejas á la hora del fuego; y si te matan, que Dios te perdone.

—Perdon, mi capitan!

—No te saca de mis uñas ni tu reina Isabel II.

—Perdon!

—Esta noche vas á San Javier quieras ó no.

—Compasion, mi capitan!

—Mira, Manolo, primero levantan el sitio los franceses, que yo deje de llevarte al matadero; hablemos de otra cosa, ¿dónde está esa señora que me busca?

—Allí está un criado que espera las órdenes de vd., mi capitan.

—Dile que avance la señora, y pronto, porque no tengo mucho tiempo disponible.

Salió Manolo y envió aviso á Doña Blanca.

Martinez se puso en tren de visita, sacudió con su pañuelo la tierra que cubria su chaqueta, se limpió la frente y esperó impaciente la llegada de la desconocida.

V.

Al cuarto de hora entró Manolo apresuradamente diciendo:

—Aquí, aquí está la señora.

—Pues que entre.

Doña Blanca se presentó en la estancia cubierta con el velo de su mantilla.

—Es vd. el capitan Martinez?

—Servidor de vd., señora; siéntese vd. y dispense lo pobre de esta casa, pero Martinez no tiene mas muebles que su es-
pada.

- Perfectamente, ¿estamos solos?
- Sí, señora.
- Es que pudiera comprometerme si alguien escuchase lo que tengo que decir á vd.
- Levantóse el guerrillero, salió hasta el corredor, llamó á Manolo y le dijo:
- Si dejas acercar á alguno á esta pieza, te doy una zurri-
banda de palos, y vas en camilla á San Javier.
- Está bien, mi capitán.
- Volvió el guerrillero al lado de Doña Blanca.
- Estamos perfectamente solos, la dijo, y esperó á que hablase.
- Soy mexicana y estoy interesada en el triunfo de nuestra causa.
- Yo lo mismo, señorita, y me alegro encontrar un corazón verdaderamente patriota.
- Bien, ¿y vd. cree que los franceses tomen la plaza?
- La pregunta era á quema-ropa, y Martínez se quedó atarantado.
- Decía, continuó Doña Blanca, que si la opinion de vd. era que los franceses saldrán triunfantes en este empeño.
- Yo no sé de cosas de guerra, ni de planos, ni de dibujos; pero el corazón me dice que debemos pelear hasta morir.
- Eso es muy patriótico; pero yo le hablo al señor capitán en el terreno de los hechos.
- Esto sí es un zig-zag como llaman esos señores facultativos, y vd. me estrecha á pensar en lo que no quiero.
- Llegará ese momento en que será necesario emitir una opinion, porque los sucesos se adelantan.
- Nada comprendo de lo que vd. me dice.
- Voy á ser explicita con vd., capitán.
- Lo espero, porque ya mi sangre empieza á subirse á la cabeza y estoy atarantado.

- Capitán Martínez, la plaza de Puebla va á caer irremisiblemente en poder de los franceses.
- Pues bien, señora, yo no me lo quiero decir, pero lo veo, sus trabajos adelantan á pasos de gigante, la segunda paralela la establecen en estos momentos, y despues la tercera y luego estarán sobre los baluartes y llegarán á posesionarse de la ciudad; pero eso yo no lo presenciare, porque siento morir solo al pensarlo.
- No tengo mas que añadir á ese cuadro exacto que le presenta á vd. su imaginacion, sino que vera caer en la arena á sus mas queridos gefes, que la sangre seguirá corriendo á torrentes sin éxito favorable, y que despues de tantos sacrificios, la derrota vendrá inevitable con todos sus horrores---- Sí, capitán Martínez, los que sobrevivan á esa catástrofe, serán hechos prisioneros, y vejados y encerrados en las mazmorras de los castillos, arrastrando la vergüenza y la ignominia.
- Y qué tengo yo que ver con todo eso, señora?
- Que acaso en sus manos está evitar en parte estos estragos.
- Y yo quién soy, señora, para oponerme á los acontecimientos? oscuro capitán, sin otra divisa que el respeto á mis gefes, y las simpatías entre mis compañeros, nada puedo hacer, sino morir al pié de mi bandera.
- Y si alguien pudiera asegurar que entregando el fuerte de San Javier se salvaba el ejército----
- Señora! gritó Pablo Martínez, yo no conozco á vd. ni sé á qué ha venido; pero esas palabras me asustan mas que me ofenden.
- Caballero, si propone vd. á sus compañeros la entrega de cualquier punto de la plaza, evita la efusion de sangre y la muerte que amenaza terrible al ejército de la república.
- Yo no tengo nada que hablar, hemos concluido.
- Si vacila vd. por falta de recursos, tiene vd. á su disposicion todo el oro que necesite.

Alzóse entónces el guerrillero con toda la energía de su dignidad ultrajada, y encarándose á Doña Blanca, la dijo con voz trémula y balbuciente:

—Señora, la pobreza tiene su orgullo; vea vd., no tengo mas ropa que estos girones cubiertos con el polvo de las trincheras, estoy miserable; pero mi honor hasta hoy no tiene una sola mancha, por eso conservo el aprecio de todos; si mi situacion que en estos momentos es triste, la faculta á vd. para proponerme una infamia, se está vd. equivocando, yo no he querido recibir paga porque no se crea que lucho por interes, y estos harapos son mi gloria; no, yo no puedo cometer una accion tan ruin, ni creí jamas que se me propusiera ---- vd. no me conocia y al fin es vd. una señora, yo le perdono sus palabras que verdaderamente me han hecho mal.

—Capitan, yo no me he explicado bien, vd. ve en esto una traicion, y á su vez se equivoca; porque el miedo á la sangre es lo que me ha impulsado á dar un paso que ahora conozco es imprudente, puesto que trastorna el sentido de mis palabras.

—Yo no sé si habré hecho mal; pero mi honor me dice que bajo ningun pretexto debo vender á este ejército que lucha de una manera tan heroica por salvar este suelo, este suelo donde tambien he nacido.

—Por él me intereso, capitan, que no ciegue á vd. el espíritu de patriotismo; véamos la luz y no nos obcequemos, ¿qué ganará México con una defensa estéril? la muerte de sus mejores hijos, la pérdida de sus intereses y matar las fuentes que pudieran servirles mañana para salvarse.

—Todo, todo es cierto; pero yo no seré el que deba salvar á mis compañeros de esa manera ni por ese camino; prefiero esperar una desgracia cierta y no manchar mi nombre.

—Puesto que no nos entendemos, hemos concluido; dentro de algunos dias vd. me buscará, cuando ya la plaza esté reducida á escombros y la muerte asome por los parapetos derrribados y entre las ruinas de la ciudad.

—No lo espere vd., señora; porque acaso no sobreviva á esa desgracia.

—Adios, capitan, piénselo y nos veremos.

El guerrillero saludó á Doña Blanca, y la dama salió del aposento bajo el espeso antifaz que cubria del todo su semblante.

VI.

—Aquí hay traicion, los franceses tienen aquí emisarios, y en un descuido nos entregan como á carneros.

El guerrillero dudaba si debia dar parte á su general, pero le detenia el aparecer como un *denunciante*, aun cuando fuese en servicio de su patria.

Los corazones generosos huyen por instinto de ciertas acciones que pueden arrojar una mancha en el puro cielo de la conciencia.

—Me parece, decia Martinez, que este Manolo trae algo en este negocio; si lo pillo en un renuncio, lo pongo al frente de una batería, hasta que lo maten ----

—Manolo! Manolo!

El andaluz entró pálido como la muerte.

—Conoces á esa señora del velo?

—Lléveme el diablo si la he visto mas de dos veces.

—Mira, Manolo, que te corto una oreja!

—Puede mi capitan cortarme lo que guste, no por eso será ménos verdad lo que le digo.

—Manolo, que te doy una tunda!

—Pues, señor, esto sí se llama estar fastidiado.

—Parte en acecho de esa señora, y vuelve á decirme donde es su casa, si no te desuello vivo.

—Estoy salvado, pensó Manolo, y sin esperar la repeticion

de la orden, salió del aposento como alma que se lleva el diablo.

—Esto pica en historia, el ejército puede minarse en un descuido y yo debo estorbarlo á costa de mi vida si es posible.

Asómose al balcon, tocó las manos, y al ruido volvió Manolo ligero como un ciervo.

—Muchacho, gritó el capitan, dí á la persona que acaba de salir, que vuelva al instante.

Manolo echó á correr como un desesperado.

—Traicion por traicion, dijo el guerrillero; me han humillado, me han querido comprar, pues bien, esto mismo puede hacer que á esos gabachos se los lleve el demonio; sí, me vengaré de una vez, me la van á pagar todos juntos.

Martinez se paseaba á grandes pasos y en su mirada lucia un rayo siniestro, relámpago lúgubre del pensamiento.

—Eso, eso es, decia el guerrillero, se estrellarán como el agua en las rocas de las *olas altas*, allí las he visto hacerse pedazos. Vamos, que estoy dispuesto á jugarles una que puede costarles el pellejo; esta gente no sabe quién soy, no faltaba mas, que yo, el capitan Martinez, que he visto morir al general Zaragoza, ahora vendiera á mis hermanos! ya verán lo que les pasa. Me parece que suben la escalera, sí, es la dama.

VII.

Doña Blanca entró orgullosa de su triunfo en el aposento, mientras Manolo, como un sabueso, husmeaba por una rendija de la puerta por si podia atrapar una palabra.

—Y bien, capitan, se aventuró á preguntar la condesa, queriendo evitar á Martinez la pena de la primera palabra.

—Señora, he reflexionado sobre lo que vd. acaba de decirme.

—Al fin ha comprendido vd. todo el horror de la situacion.

—Sí, la toma de la plaza es indefectible, y es necesario salvar á mis compañeros.

—Luego aceptará vd. todo el plan que le he propuesto?

—Quiero oirlo detenidamente.

—Voy á explicarme: Mañana en la noche entran al baluarte de San Javier los batallones donde están todos los amigos íntimos de vd.

—Es cierto.

—Les habla vd. de una manera que no pueda comprometerle.

—Bien.

—Les hace vd. presente las graves consideraciones de conveniencia pública y privada, que hacen forzosa la entrega del fuerte.

—Y los generales, señora? observó Martinez, como teniendo un último escrúpulo.

—Serán considerados por Forey, y enviados á Francia, donde se les dispensarán las mayores atenciones.

—Y eso será cumplido?

—La palabra de una dama, caballero, puede parecer demasiado poco, pero ahí tiene vd. un pliego en blanco firmado por el comandante en gefe de la expedicion, haga vd. de él el uso que le convenga.

La condesa entregó al guerrillero el papel, que éste recibió fingiendo una timidez que estaba muy léjos de influenciarlo.

—Tiene vd. ademas en esta cartera, billetes por valor de cien mil pesos para repartir entre los oficiales.

El guerrillero los tomó temblando, porque la ira estaba próxima á estallar.

—Ahora, dijo la condesa, es necesario seguir al pié de la letra mis instrucciones.

—Ya escucho, dijo Martinez, pálido de coraje.

—Hoy queda establecida la segunda paralela, y mañana al anochecer se arrojarán los franceses sobre el fuerte.

—Bien.

—Hará vd. clavar las piezas, los oficiales gritarán "traicion," y los soldados, cediendo á esa palabra, huirán en medio del desorden.

—Está bien combinado, dijo Martinez, ahogándose de rabia.

—Todo es demasiado sencillo, depende de clavar las piezas, lo que puede ejecutarse con poner de acuerdo á tres ó cuatro individuos; despues del asalto nos veremos para llevar á cabo este negocio.

—Estamos arreglados.

—Agitad por tres veces una linterna por el baluarte de la derecha, ésta será la señal de asalto.

—Sí, respondió Martinez, estoy enterado perfectamente, clavaré las piezas y agitaré por tres veces la linterna en el baluarte de la derecha.

—Nada se ofrece, capitán?

—Nada, señora.

—Adios, si el éxito se logra, el porvenir de usted corre de mi cuenta.

—Gracias, señora.

—Adios.

—Adios.

VIII.

Luego que los pasos de la dama se perdieron en los corredores, el capitán se volvió con desesperacion por la puerta por donde acababa de desaparecer la condesa, y gritó:

—Cien carretadas de demonios con las malditas mugeres! son capaces de voltear el mundo al revés, estoy que ardo como una

bomba de á trescientas pulgadas, esta audacia no tiene nombre: ¡vive Dios!... esta cartera me está quemando la mano.

Despues de reflexionar un momento, dijo:

—Si álguien supiera que yo poseo esta cantidad, pudiera denunciarme y creerse que vendia al ejército, y seria yo ahorcado en medio de las maldiciones de toda la ciudad y el ejército. ¡Juro por la memoria de mi general Zaragoza, que esta cartera saldrá del cañon con el primer disparo!

Puso la cartera sobre la mesa donde estaban sus armas y salió al corredor á gritar á su asistente, porque el fuego comenzaba á oirse menudear en todas direcciones.

No bien Martinez se alejó, cuando Manolo que todo lo habia escuchado, entró violentamente al aposento, tomó la cartera, sacó los billetes sustituyéndolos con algunas cartas que él llevaba en la bolsa, y se alejó á depositarlos perfectamente atados en un pañuelo, en el mismo sitio donde guardaba su tesoro.

Regresó el guerrillero, guardó la cartera con sumo cuidado, bajó las escaleras, montó en su caballo y se alejó á todo escape rumbo al fuerte de San Javier.

aquellos momentos de reposo jugaba al ajedrez con el general Gonzalez Mendoza, su consejero y amigo.

Mendoza es una persona notable por su capacidad y sobre todo por sus felices ocurrencias; es lo que vulgarmente se llama un hombre *raro*.

Su conversacion es instructiva, porque tiene un gran caudal de conocimientos; hombre fino y de una familia distinguida, ha hecho una carrera científica, los puestos que ha ocupado han sido servidos con una exactitud y una honradez á toda prueba.

El imperio lo llamó, despues de su destierro, á la gefatura política de México, en los momentos en que la *inundacion* amenazaba la ciudad y el *cólera* se aproximaba.

Mendoza, con una grande actividad, trabajó sin querer recibir sueldo alguno, y despues se retiró á sufrir en silencio las consecuencias de ese paso: hoy vive en el retiro de la vida privada.

Ortega y Mendoza estaban empeñados en el juego, diciéndose se galanterías pero batiéndose á muerte.

La opinion general acusa á Mendoza de haber influido en Ortega para decidirlo á la defensa *pasiva* de la plaza; la historia juzgará imparcialmente sobre esos acontecimientos.

—Señor general, ese *rey* está encerrado, y si enfilo mi *torre*, no tendrá salida.

—Es que mis *peones* lo amurallan.

—Puede ser que le corten el paso.

—Cuando quiera usted *enrocarse* ya no será tiempo.

—No hay cuidado, cuando llegemos á ese extremo, ya habrá perdido el enemigo sus mejores piezas.

—Es que no las sacrificaré si no estoy seguro de un próximo triunfo.

—Yo debilitaré á usted hasta hacer infructuosos sus ataques.

—Es que ese *rey* puede morir de apoplejía.

—No importa, juguemos.

—Jaque al rey.

CAPÍTULO III.

Del primer asalto sobre la línea.

I.

El capitán Martinez llegó á la Penitenciaría y llamó á uno de los gefes de mas confianza para comunicarle la tentativa hecha por la condesa sobre entrega del fuerte.

Alarmóse el amigo del guerrillero, porque estaba seguro de no ser el capitán el primer invitado á traicionar, y no habia ya un momento seguro toda vez que la desconfianza se introducía en las filas del ejército.

Por ahora, amigo Martinez, me marchó á dar parte al general Ortega, y los franceses serán los sorprendidos.

—Ese ha sido mi plan, el triunfo es seguro, puesto que está en nuestras manos el llamarlos sobre el fuerte.

—Mañana va á ser ello, amigo mio; acompañeme usted al cuartel general.

Los dos amigos se dirigieron á ver al general Ortega, que en

- Eso no es nada.
 —Le quedan tres casillas solamente.
 —Valen por un campo retrincherado.
 —Será tarde dentro de dos jugadas.
 —Nunca es tarde, señor general Ortega.
 —Ya lo veremos, puede pasaros lo que á uno que se volvió loco queriendo cortar con unas tijeras un chorro de agua.
 —Perdone usted, general; ya estaba loco cuando quiso hacer ese disparate.
 —Jaque, y-----
 —Y mate, dijo Mendoza, estoy vencido.

II.

Martinez y su compañero hablaron con los gefes, del asunto que los llevaba al cuartel general.

Mendoza envió al guerrillero al fuerte, diciéndole que estuviera preparado.

Ordenó todo lo conveniente para rechazar la intentona de los franceses, y fué personalmente á dar sus disposiciones.

El enemigo habia adelantado considerablemente por el rumbo donde se distinguieron la noche anterior los faroles de los ingenieros, alumbrando la línea de trabajos, que marcaban una nueva obra de camino cubierto, que partia del punto de reunion del ramal del pueblo de Santiago al camino abierto.

Aquella nueva obra se dirigia hácia la Alameda, como buscando la aproximacion á un ángulo recto con la primera paralela, para cruzar los fuegos de brecha y batir la línea de la Plaza de toros y la de redientes de Morelos.

De la primera paralela seguian tambien los trabajos, estando ya marcada y concluida la segunda; pero aun no estaba arillada.

En la falda S. E. del cerro de San Juan, lo mismo que en la garita de México, adelantaban violentamente los trabajos de zapa, la línea se estrechaba mas y mas.

El fuerte de *Ingenieros* descargaba sus baterías sobre las fuerzas que se aproximaban á la garita de Teotimehuacan.

Pasóse el dia sin acontecimiento notable, el fuego de bomba á grandes intervalos seguia haciendo estragos por diversos puntos de la ciudad, haciéndose mas notable en la Plaza principal y calles adyacentes.

Caia la noche cuando el 6º batallon de Guanajuato, á las órdenes del valiente coronel Montesinos, acababa de llegar á *San Javier* para relevar al 1º de la misma division, que hacia cuarenta y ocho horas que estaba de faena.

Las músicas de ambos batallones tocaban piezas marciales en la plaza del fuerte.

Los oficiales se paseaban por el recinto y alguna inquietud se notaba en toda la Penitenciaría.

El capitán Martinez tomó una de las linternas de los ingenieros, acercóse á la trinchera del baluarte de la derecha, y agitando la luz por tres veces fuera del parapeto, se fué á colocar entre sus compañeros.

Esta señal, fué percibida perfectamente en el campo de los franceses.

Saltan los zuavos de la segunda paralela y de la cabeza de zapa adelantada valientemente sobre el baluarte.

Los clarines de la fortaleza tocan *enemigo*, la alarma cunde y las baterías disparan á metralla sobre los asaltantes.

Oyese de cuando en cuando y entre las detonaciones de la artillería, el clarín de los zuavos que marca el paso de ataque.

Los defensores de San Javier abren sus fuegos, arman la bayoneta y esperan serenos y resueltos el ataque.

Las baterías de la Plaza de toros y los *redientes*, protejen la defensa.

Por el flanco izquierdo llega el general Negrete con sus fuer-

zas de reserva, y alienta á los soldados con vivas de entusiasmo que se adelantan decididos á combatir.

En medio del mas grande peligro y en el baluarte donde ha puesto su mira el enemigo, se distinguen á la luz del fuego á los ingenieros, de entre ellos sale de súbito una voz, es la del gefe Sanchez Ochoa que grita á sus oficiales con una entonacion terrible:

—¡Ingenieros! ¡fuego á las minas!

Sobre el glasis del baluarte se eleva una llama roja como las primeras exhalaciones de un volcan, óyese una fuerte detonacion que llena de espanto á las columnas próximas á los fosos del parapeto.

La vívida luz de aquel relámpago gigante alumbraba el espantoso cuadro de la desolacion; la muerte salia del abismo, y la tierra abria sus vórtices para devorar á aquellos valientes que desafiaban al destino arrebatados por el entusiasmo de sus gloriosas tradiciones.

Los fuegos de la fusilería son incesantes, y el campo todo se ilumina con las vívidas luces de los disparos.

En medio de aquella claridad de muerte y de agonía, se ve retroceder á los asaltantes, rechazados, en fuga y diezmados por la metralla, buscando asilo en los caminos cubiertos y tras los gaviones de la paralela.

Los clarines tocan *allo el fuego*, y los sitiados levantan un clamoreo de victoria que se deshizo en un humo de alabanzas al Dios de los ejércitos!

III.

La gritería se apaga, y entonces se escuchan los ayes de los heridos y las voces de la ambulancia que atravesaba en todas direcciones recogiendo á los infelices soldados cuya sangre salpicaba los muros de los baluartes.

Entre aquella multitud agitada entre el humo de la pólvora y el vapor de la sangre, vagaba una muger con la mirada perdida, el cabello destrenzado y la boca espumante por la rabia.

Entrábase entre los grupos de soldados, los recorria buscando á un hombre.

Acercóse á aquella muger un oficial y dijo en voz baja:

—Doña Blanca!---- ¡doña Blanca!----

—Quién me llama? respondió la loca.

—Qué haceis aquí?

—Quiero vengarme del miserable que me ha engañado.

—Señora, estais demente, volved en vos por compasion!

—Dejadme! yo necesito vengarme, pero de una manera terrible; ¿dónde, dónde está ese capitan?

—Venid conmigo, salid de este lugar, este es un sitio de maldicion para vos.

—Pero no veis que el campo está lleno de cadáveres?---- que á mi voz se han lanzado sobre los baluartes, seguros de tomarlos, y que solo han encontrado el bronce y la muerte?

—Salgamos, señora, salgamos, yo os lo ruego en nombre de vuestro padre.

—Mi padre!

—Sí, no es este vuestro lugar, vuestra exaltacion os ha perdido, venid.

El estudiante Mondoñedo, que era el hombre que hablaba á la Montemolin, la tomó por el brazo y la sacó de la Penitenciaría.

Llegaron á la casa de la señorita Mons, que se encontraba en silencio.

—Reposad, dijo el estudiante, mañana pasaré á veros.

—No me abandoneis, tengo miedo.

—Estaré aquí para cuanto pueda ofrecerse, adios.

—Adios, Mondoñedo, me siento mal en el espíritu.

—Sosegaos, señora, y dormid.

La condesa se entró en el lecho, pero no pudo dormir entregada á la fiebre de sus pensamientos.

La infeliz jóven habia creído en las promesas de Martínez y se encontraba burlada cruelmente.

Solo esa venda que cae sobre nuestros ojos cuando las pasiones se desatan en el mar del alma, puede hacernos desconocer la verdad resplandeciente; y es que el corazon humano se empeña en engañarse y huye de la realidad como de una desgracia.

La condesa tenia accesos de locura, su cerebro no había podido resistir tanta contrariedad en la situacion terrible en que se encontraba.

Pobre muger! barca desmantelada en la borrasca deshecha de la existencia, sin playa ni horizontes.

Débil criatura arrastrada al campo arenoso de las dificultades en el vaiven de la lucha humana.

Habia soñado un instante y comenzaba á despertar en el silencio de una noche eterna.

Pugnando por salir de la atmósfera que la abrumaba con un peso irresistible, su pensamiento se perdía en la tangente de lo desconocido, en el seno de la demencia.

Se encontraba de improviso en un mundo desconocido, viendo entrar el invierno en el campo de sus esperanzas, cayendo una á una las flores, cuyo perfume habia aspirado en los jardines de su ambicion.

Qué haria sola, sin amparo, engañada en su amor, burlada en sus planes y viviendo entre el ódio de una rival, cuyo corazon aborrecia acaso por primera vez.

El cielo estaba cerrado para ella, por eso tendia su vista inquieta sobre aquellos campamentos, foco de sus ensueños, allí estaba el hombre de su amor, la última tabla para salvarse en el naufragio de su existencia.

Doña Blanca tenia desconfianza, creía que como en Mayo,

los franceses podrian levantar su campo, y entónces seria para siempre.

Se veía llegar desolada á Europa, y mas tarde encerrada en la celda de un convento, donde pasaria el resto de su vida condenando su audacia y llamando á gritos á la muerte!

IV.

En el campo frances pasaba tambien otra escena de desesperacion: Wask acusaba á Don Fernando de haber comprometido un ataque por medio de un aviso falso y engañoso.

—Caballero, decia el conde, esta persona jamas ha dicho una mentira.

—Con que esta sea la primera, es suficiente.

—Os digo que no estoy para bromas.

—Lo creo, como que una de las vuestras ha causado la muerte de centenares de hombres.

—Os digo, Wask, que no está el tiempo para burlas.

—Parece que os disgustais.

—Si lo conoceis, á qué seguir en ese terreno?

—Es que á mí me pone del mejor humor del mundo una contrariedad.

—No sentimos lo mismo, dejadme.

—Sois mi compañero de infortunio y con vos parto mis alegrías y mis aficciones.

—Pesado estais.

—Puede ser.

—Y lo extraño porque os he visto perder la moral en multitud de ocasiones.

—He tenido razon, ahora estoy tranquilo, porque ya circula la voz de una revancha y la tomarán los franceses, estoy seguro de ello.

—Entonces, á qué molestarme?

—La ocurrencia de la carta de aviso y la agitada de la linterna mágica, tiene su mérito.

—Wask, nos estamos equivocando, si volveis á dirigirme la palabra, os levanto la tapa de los sesos! y el conde llevó la mano á su revólver.

—Quieto! gritó Manzanedo, esas son palabras mayores.

—No hay cuidado, dijo Wask, el conde está atufado, y cuando riñe se hace insufrible.

El conde se salió de su tienda de campaña, queriendo evitar un rompimiento con su cómplice.

Luego que Don Fernando se echó á andar por el campo, el aventurero se puso á reir siniestramente.

—No juguéis con fuego, Wask.

—Soy incombustible, Manzanedo.

—El conde es terrible.

—Es una fiera á quien me gozo en hostigar con hierro candente.

—Puede volverse contra vos y arrancaros el corazón.

—No temais, tengo una armadura interior que me defiende.

—Es que el plomo de su pistola atraviesa la malla.

—Os confesaré, Manzanedo, que odio á Don Fernando mortalmente, que siento hervir la sangre en mis entrañas.

—Presiento que acabareis por mataros.

—Lo deseo vivamente, ese hombre tiene un signo de maldición para mí, su misma sangre fría, el desden con que oye mis insultos, me humilla; al verlo, siento dar un vuelco á mi corazón y quisiera lanzarme sobre él como una fiera.

—Pero ese odio es horrible, Wask.

—Sí, Manzanedo, yo no me lo explico; pero lo siento.

—Dominaos.

—No puedo, de pocos dias á esta parte, ha eruido como el Oceano.

—Huid de Don Fernando.

—Mi aborrecimiento me lleva hácia él, sé ademas, que me es necesario, necesito su amistad, sus consejos; porque él piensa demasiado, y yo no tengo en mi cerebro mas que sombras y oscuridad.

—Yo procuraré reconciliarlo con vos mismo, pensad en nuestra liga, en que los tres formamos una potencia, y la separacion seria la pérdida de un miembro, la mutilacion.

—Es verdad.

—Sabed, ademas, que el aviso dado á Don Fernando sobre el ataque de esta noche, vino por mano de la condesa.

—Luego ese hombre ha llegado hasta la Montemolin?

—Sí, ha llegado, y su nombre le es fatal.

—Ese hombre me causa pavor, ya veis que tengo algo desconocido en el alma que me hace respetar y maldecir al conde, él está sobre nosotros y no le conocemos aún.

—Sea lo que fuere, es nuestro brazo derecho, y hay que contemporar, vos estais en la víspera de una fortuna inmensa, y yo de ver realizadas mis esperanzas. Forey no se dará por vencido con la contrariedad de esta noche, los sitiados no toman la iniciativa y quedan enjaulados despues de su victoria, sin avanzar nada en su penosa situacion.

—Es verdad.

—Entonces, prudencia, amigo mio, prudencia, no os entreguéis al histórico de un odio sin fundamento.

—No hablemos mas de ello.

—Conservais vuestros documentos?

—Perfectamente, aquí tengo la escritura, por la cual Mr. de Saligny debe entregarme mi parte asignada en el negocio de Jecker; en la misma escritura está la cantidad que el conde debe percibir, muy pronto haremos las divisiones y nos separaremos para siempre.

Los dos amigos se quedaron pensativos, Manzanedo sacó de su cartera su última correspondencia con el conde de Morella, y Wash se puso á hacer números y cálculos con su lápiz, sin llamarle la atencion los gritos de los heridos franceses que atravesaban en sus camillas frente á su tienda de campaña.